

SHIBUMI

REVISTA DIGITAL Nº39 - JULIO 2023

EN EL CAMINO DEL APRENDIZAJE INFINITO

JAVIER SELVA PENADES
KYOSHI, 8º DAN, OGKK

KARLFRIED GRAF DURCKHEIM
UN SABIO EN EL CORAZÓN DE LA SELVA NEGRA
PEDRO MARTÍN

LA ASIMILACIÓN DEL HAGAKURE
POR LA CONTEMPORANEIDAD (PRIMERA PARTE)
GUSTAVO PITA CÉSPEDES



TRADICIÓN - CULTURA - FILOSOFÍA - HISTORIA - POESÍA



EN EL CAMINO DEL APRENDIZAJE INFINITO

Javier Selva Penades

Kyoshi, 8º dan, OGKK

Javier Selva Penades. Alicante, 1957.

Kyoshi, 8º dan, OGKK

Inició sus estudios de karate en 1974.

En 1975 comenzó a estudiar en Murcia el estilo *Goju ryu* con Ryoichi Onaga Sensei, *Hanshi 9º dan OGKK*.

Entre 1975 y 1978 estudia *Goju ryu* en Alicante con Ryoichi Onaga Sensei.

Desde 1978 hasta el momento presente estudia *Goju ryu* con Toshiro Fujioka Sensei, *Kyoshi, 8º dan OGKK*, en el *Fujioka Karate Club* de Alicante, y asiste regularmente al *dôjô* de Ryoichi Onaga Sensei.

Si es verdad que la originalidad consiste en volver al origen, no es menos cierto afirmar que en el panorama actual el arte del *karate* se aleja de su naturaleza primigenia de forma exponencial.

Sí. Los tiempos de la inmediatez, el apriorismo, el logro efímero y el con-sumo han llegado también a afectar a este arte ancestral, que hasta hace sólo unas décadas aún mantenía incólume la esencia de una cultura.

Por definición, cultura es el conjunto de conocimientos, ideas, tradiciones, costumbres, modos y maneras a través de las cuales el hombre se expresa, ocupa su lugar en la sociedad y explica el mundo en el que vive.

El *karate* tradicional es una parte consustancial de la cultura de Okinawa y en su fondo habita el espíritu de los isleños, resultando ser una forma más de expresión, manifestación y exteriorización de su naturaleza.

En el *maremágnum* de la actualidad beligerante, donde es difícil discernir el grano de la paja, aún es posible encontrar grupos de *karate* tradicional capaces de estudiar, transmitir y experimentar el arte como un bien cultural, como una forma de educación, como una posibilidad de crecimiento interior, como un camino de infinito recorrido en el que el aprendizaje no tiene fin.

Apegados a la tradición que los vio nacer, liderados por algunos de los más insignes maestros afincados en nuestro país y relevantes internacionalmente, los miembros de la OGKKE forman un baluarte de originalidad, un contrafuerte de forma perfecta y fondo extraordinario, que ha hecho de su trabajo una referencia mundial.

Liderada por Onaga Ryoichi *Sensei*, Shigeru Uehara *Sensei* y Toshiro Fujioka *Sensei*, respaldada por un cuadro de seis *Kyoshis* de insuperable nivel técnico y calidad humana, la OGKKE tiene su *hombu dojo* en la ciudad de Murcia, España.

Uno de estos destacados *kyoshi*, es nuestro invitado: Javier Selva Penades, cinturón negro 8º *dan* de *Goju ryu* OGKK. Su claridad de palabra, el aval de su larga trayectoria, su capacidad de juicio y humildad hacen de él una voz más que autorizada para abrirnos a la comprensión de esta tradición tan genuinamente *okinawense*, una tradición que aún sostiene esa originalidad que es y será, siempre, volver al origen.



Como miembro que es usted de la prestigiosa organización Okinawa Goju ryu Karate-dō Kyokai: ¿Podría hablarnos acerca de su origen? ¿Qué lugar ocupa esta organización en el contexto internacional? ¿Cuáles son sus principios, objetivos, filosofía?

En el año 1953 fallece el fundador del estilo *Goju ryu*: Chojun Miyagi Sensei. A partir de ese momento Eiichi Miyazato Sensei, alumno destacado nombrado sucesor, inicia sus enseñanzas en el *dōjō jardín* de la casa de Chojun Miyagi Sensei. Considerando necesario ampliar el *dōjō* debido al incremento del número de alumnos y en aras de evitar perjuicios en la enseñanza del *Goju Ryu*, Miyazato Sensei abrió en 1957 un nuevo *dōjō*, al que llamó "*Jundokan*", conocido en Okinawa como "*Miyazato dojo*", reconstruido y reformado entre 1969 y 1970.

Será en 1969 cuando Eiichi Miyazato Sensei decide crear, junto a Iha Koshin Sensei, la *Asociación Okinawa Goju ryu Karate-do*, con el objetivo de preservar las enseñanzas recibidas de Chojun Miyagi Sensei y mantener vivo el estilo y el espíritu del *Goju ryu*.

En efecto, nuestra Asociación es conocida y relevante a nivel internacional. Eiichi Miyazato Sensei, sus alumnos y su Asociación han sido determinantes para la expansión del *Goju ryu* a nivel mundial.

Actualmente nuestra Asociación se encuentra asentada en los cinco continentes: Okinawa,

Japón, Europa, África, Asia, Oceanía, Oriente Medio, América del Norte, Central y Sur.

Por decisión expresa de Eiichi Miyazato Sensei, el *dōjō* de Ryoichi Onaga Sensei, *Gojukan Karate dōjō Onaga*, situado en Murcia (España), es el *Hombu dōjō* para toda Europa.

La OGKK-España tiene diecisiete *dōjōs* asociados y a fecha de hoy cuenta con unos trescientos cincuenta cinturones negros, ocho de los cuales son 8º *dan*, *kyoshi*, reconocidos por la OGKK.

La finalidad de la Asociación es la de preservar las enseñanzas de Miyagi Chojun Sensei, mantener la pureza del estilo *Goju ryu* tal y como **éste** lo enseñó y transmitió a Eiichi Miyazato Sensei y fomentar su conocimiento y expansión a nivel mundial.

Desde un principio Eiichi Miyazato Sensei instauró un entrenamiento mensual con todos los instructores de los *dōjōs* de la Asociación (Yoshio Hichiya Sensei, Nanko Minei Sensei, etcétera) a fin de mantener la cohesión de las enseñanzas aprendidas de Miyagi Sensei, es decir: corregir, clarificar y unificar dudas y criterios en aras a mantener viva la pureza del estilo. Este entrenamiento continúa realizándose en Okinawa un fin de semana al mes y además del carácter técnico fomenta el concepto de familia que siempre ha caracterizado al estilo *Goju ryu* desde los tiempos de Chojun Miyagi Sensei, acrecentándose en la época de Miyazato Sensei.

Por lo que yo he podido constatar a lo largo de los años, la Asociación, tanto a nivel nacional como internacional, prioriza más la calidad que la cantidad, no le preocupa tanto el número de miembros como que éstos mantengan los principios básicos del estilo creado por Miyagi Sensei.



Siendo un apasionado de la escuela Gojū ryū y habiendo dedicado casi cincuenta años a su estudio, le preguntamos: ¿Cómo definiría usted esta tradición? ¿Podría detallarnos cuáles son sus fundamentos técnicos? ¿Qué singularidades podemos encontrar en esta forma de karate de Okinawa que la hace tan atractiva?

Se dice que el sur de China era muy proclive a la malaria en aquellos tiempos -siglos XIX-XX-, lo que determinaba que la zona abdominal, concretamente el bazo, fuera objetivo en cualquier tipo de lucha, siendo prioritaria su defensa, convirtiéndose en objetivo de ataque y de defensa en el *kenpo*.

Goju ryu se basa en los estilos del *kenpo* de la provincia de Fujian, situada en el sur de China, donde las técnicas predominantes son las de mano, agarre, distancia corta y cuerpo a cuerpo. Las técnicas circulares, sobre todo en defensa, son también una de sus principales características; la parada no bloquea el ataque, más bien lo desvía aprovechando la fuerza del mismo. Sus técnicas son efectivas, pero difíciles de aprender. Se concede mucha importancia a la respiración y al control de *ki*, siendo el *kata sanchin* uno de sus pilares.

Es un estilo/escuela (*ryū*) cuyo nombre -*GOJU*: (*GO*: duro/resistente; *JU*: suave/flexible)- indica que existe un equilibrio entre fuerza y flexibilidad, entre la potencia y técnica. Podríamos decir que el *Go* es la fuerza, el ejercicio, el entrenamiento; y *Ju* es la técnica, el conocimiento. Desde mi punto de vista, *hojo undo*, *jumbi undo* y *kihon* sería el *Go*; los *katas* serían *Ju*.

El escudo de la Asociación representa el *Go* (amarillo) el *Ju* (negro) y un puño uniendo con fuerza ambos conceptos. En su interior encontramos el *kanji* de Okinawa, cuna del *karate*.

Los *katas* deben ser el reflejo de ese concepto de fuerza no demostrada, deben ejecutarse con fluidez, pero con concentración (*muchimi*), desarrollando la fuerza en el momento justo. Un practicante de *Goju ryu* debe tener una base fuerte (por eso se enfatiza tanto en los ejercicios de *hojo undo* y en el *kihon*), pues determinadas técnicas requieren del cuerpo un grado elevado de fuerza/potencia. Al mismo tiempo esa fuerza no debe ser la protagonista. Un correcto conocimiento y control del *muchimi*, es la base de una buena ejecución del *kata*.

Hay que partir de un principio básico y es que el *karate* de Okinawa no tiene mucho que ver con el *karate* japonés. Tal es su singularidad que existe una serie de términos en el *karate* de Okinawa cuya traducción al japonés no existe. El *karate* de Okinawa es consustancial a su cultura, nace y se alimenta de ella. Es, más, una forma de vida personal y comunitaria, que un arte de defensa.

La forma de entrenar, de enseñar; de compartir esos momentos entre maestro (*sensei*) y alumnos (*senpai*, *kohai*, *dohai*) es totalmente distinta. Esta forma de convivencia fomenta la relación no solo dentro del *tatami*, también fuera de él. Los grupos reducidos, la enseñanza más personal, el entrenamiento libre, facilita un mejor aprendizaje, la capacidad de investigación y preguntarse el porqué de determinadas cosas. Como decía Miyazato *Sensei*, el *dōjō* se convierte en una familia donde los mayores ayudan a los menores, donde un problema encuentra solución, donde sudar el *karategui* no es la única finalidad.

Volvemos al aspecto cultural. En Okinawa la palabra "*Icharibachoude!*" viene a significar que todos aquellos con quienes nos encontramos son amigos y explica el espíritu de los *okinawenses*, abiertos, alegres y optimistas. Esto queda reflejado en el aspecto humano de su *karate*.



Nos interesa la consideración social del karate tradicional. La voluntad de los profesores encuentra obstáculos para el reconocimiento de su trabajo más allá del divertimento, el exotismo o la defensa personal que reclaman los nuevos tiempos. ¿Qué hacer para mejorar esta imagen? ¿Cómo transmitir la importancia de las facetas humanistas y educativas que el Arte Marcial contiene en su esencia y tanto bien pueden aportar al entorno? ¿Cómo mejorar este aspecto tan determinante?

Difícil respuesta en este tiempo en el que conceptos como humanismo, educación, tranquilidad o equilibrio son difíciles de tratar, donde se buscan resultados rápidos que no conlleven grandes sacrificios. A veces se piensa que el *dōjō* es el lugar para *dejar* al niño y que *aprenda a pelear*, la sociedad está algo más crispada que en épocas anteriores, se extiende el culto a la violencia y todo ello hace que la cultura que impera en un *dōjō* parezca anticuada. Saludar, dar gracias por la ayuda recibida o colaborar de forma desinteresada parecen estar fuera de lugar.

La mentalidad del *karate* de Okinawa, originario en una isla en el otro extremo del mundo en el periodo siglo XIX-XX, difiere bastante de nuestra actualidad. Es cierto que todo debe evolucionar e ir adaptándose a los tiempos, pero creo que existen valores que no deben desaparecer ni cambiar drásticamente, algo que está sucediendo incluso en la propia Okinawa.

Opino que, en gran medida, todo depende del maestro, de su forma de ser, comunicar y transmitir sus valores, adaptándose en cada momento al grupo de alumnos, especialmente en el trabajo con los jóvenes, y colaborando, aunque sea veladamente, con los padres. Conseguir que el respeto a las personas y al *dōjō* fluya de manera natural entre los alumnos ya es un éxito. Cosas tan simples como el saludo al entrar y salir del *dōjō*, un "*buenas tardes*", un "*buenas noches*", un simple adiós, un "*si no te importa*", el silencio cuando corresponde, el trato correcto a los aparatos del *dōjō*, el correcto uso de los vestuarios, los aseos, en definitiva, cosas que parecen tan obvias y que es necesario inculcar. Si estas cosas tan básicas se van asimilando se produce un gran avance a la hora de entender que el *karate* es algo más que un deporte.

Pienso que en los niños y en los jóvenes la implicación de los padres debería ser mayor, sobre todo a la hora de entender el trabajo que se desarrolla en un *dōjō*, pues muchas veces la labor docente del *sensei* encuentra más obstáculos fuera del *dōjō* que en el interior. No hay que tener al *sensei* como a alguien que enseña a dar patadas y puñetazos, sino a una persona que educa en un arte que va más allá de la simple actividad deportiva. ¡Qué gratificante resulta escuchar a unos padres decirle al maestro cuánto bien le está haciendo a su hijo venir al *dōjō* a practicar *karate*...! Esto indica que algo se está haciendo correctamente.

Desde mi posición, como alumno de Onaga Sensei y Fujioka Sensei durante cuarenta y ocho años, opino que la labor, no solo en el entrenamiento sino en las relaciones maestro-alumno, es diaria y exige mucho al profesor, pues si al principio *éste* pasa por un ser especial con cualidades físicas excepcionales, con el tiempo se le ve como a un ser humano exactamente igual a otro -eso que los *okinawenses* llaman "*nigen dakara*"- con unos conocimientos y un algo más que vas absorbiendo, haciéndolo tuyo. El ejemplo diario, no solo del *sensei*, también de los *senpais*, es fundamental en el proceso.

Un aspecto controvertido y difícil de explicar desde la perspectiva del Budó es el de la violencia. Se enseña y habla de no-violencia en acción, pero los alumnos trabajan con armas, atacan puntos vitales, endurecen sus cuerpos en el makiwara y se ejercitan con técnicas letales. ¿Cómo puede la sociedad en la que vivimos entender que nuestro trabajo no es violento? ¿Cómo hacer comprender a los padres y madres de los alumnos en edad escolar que el karate construye, que está más cerca de los valores humanos que de la destrucción y la violencia?

El problema está más en el uso que nuestra sociedad hace de las artes marciales y en especial de su "violencia", donde el más agresivo es el mejor, donde el más conflictivo y violento es más valiente.

En esencia el arte marcial conlleva el endurecimiento del cuerpo, pero más desde el punto de vista defensivo que ofensivo, de la misma manera que sucede con el uso de las armas, si bien el *karate* se ha decantado más por el uso del cuerpo, utilizando brazos y piernas para desarmar al adversario. El uso de las armas bien entendido es una forma de canalizar esa agresividad utilizando un *dissipador*: *bo*, *sai*, *tonfa*, etcétera. La esencia del arte marcial es la autodefensa en una situación de conflicto. Chojun Miyagi dejó escrito:

"Que no te golpeen, y que tu no golpees a otros. Este es el principio de la paz sin incidentes."

Entiendo que hacer comprender a los padres algo así parte de ver en sus hijos una evolución positiva como personas, frente a sí mismos y sus compañeros, fruto de una enseñanza adecuada del Arte Marcial como conjunto de facetas deportivas, técnicas, sociales y personales cuya finalidad es adquirir seguridad y llegar a comprender que esos conocimientos no son para fomentar la beligerancia, sino para evitar el conflicto incluso antes de producirse.

Opino que el conocimiento del potencial personal ayuda a evitar que surjan tales situaciones siempre y cuando la enseñanza vaya acompañada de valores correctos.



Aunque las formas suelen ser compartidas por corrientes, escuelas u organizaciones, el fondo de un Arte Marcial suele ser algo más personal, intransferible e, incluso, único. Tal vez un espíritu crítico asentado en la experiencia y la objetividad que aporta la edad pueden servir de asiento para hablar con voz propia. Atendiendo a ello y considerando su larga trayectoria querríamos conocer cuál es su personal concepto del karate.

Estoy de acuerdo con esa visión del *karate*. Al final es algo muy personal y único. Al igual que el modo de entrenar y realizar un *kata* es único y personal, cada uno extrae un resultado de sus vivencias en el *karate*. Tan cierto como que mis valoraciones y vivencias son sólo mías, ni mejores ni peores que otras: diferentes. El *karate* nos ayuda a conocer nuestro ego, pues al igual que el espejo es el juez más imparcial, el ego es a veces nuestro mayor enemigo; nos enseña a entender que fuera de uno mismo existen muchas posibilidades de aprendizaje. Se aprende enseñando, se aprende del compañero, del *sensei*, del *kohai*. Se aprende, incluso, del que por desconocimiento no trabaja correctamente. Se asume que obtener un cinturón negro no es más que el final del principio y que los grados no son más que un escalón en un proceso continuo, que la colaboración debe ser desinteresada, sin esperar nada a cambio, lo cual resulta gratificante, pues lo que se recibe es siempre más de lo esperado.

El importante componente físico que el *karate* lleva implícito es el principal atractivo al iniciarse, sobre todo cuando se es joven, después se convierte en soporte, al alcanzar la madurez y también en reflejo de nuestro declive. A mí me ha ayudado



a ser constante en muchas cosas, no tener prisa por obtener logros rápidos prefiriendo aprender y madurar. El *karate* es tan amplio en concepto y conjunto que en su momento la madurez empieza a ser protagonista sobrepasando al esfuerzo físico, la agilidad y velocidad de la juventud, mostrándonos un nuevo sentido, abriéndonos nuevas puertas para continuar progresando.

Creo que, si ha existido una buena base de formación, es a partir de los sesenta cuando se entra en un periodo de disfrute pleno, se practica porque se disfruta y los momentos que rodean al *karate* se comparten mucho más intensamente. Es cierto que he conocido muchos maestros de *karate*, en su mayoría de Okinawa, y quizás mi respuesta esté sesgada por esa limitación. Allí se vive como algo cultural que pertenece al día a día, donde el tiempo no importa y no hay prisa por aprender, donde el entorno es tan importante como el propio *karate*.

El *karate* me ha dado la oportunidad de conocer a muchas personas que, independientemente de su posición social, comparten una afinidad y cuyo trato nos puede dar muchas sorpresas agradables. También me ha ayudado a conocer un poco mejor a los demás y ver que puedo aprender de todos.

En una obra titulada "*Pensar a la japonesa*" se explica un concepto que puede resumir esta idea; tal concepto es: *nintai*, que incluye otros, como: *gambaru*, *gaman*, *enryo*: paciencia, perseverancia, tolerar las dificultades en silencio, saber esperar; comprometerse, dar lo mejor de uno mismo, ser reservado, confianza, modestia, discreción.

En un entorno tan reducido como el de una isla se generó un Arte Marcial que ha terminado extendiéndose por todos los rincones del planeta. Allí, el karate es patrimonio cultural junto a otras manifestaciones artísticas tales como la danza, la artesanía o las costumbres. Los isleños mantienen un estilo de vida que respeta a los antepasados, la familia, las creencias religiosas y son dueños de una historia como reino independiente. Como conocedor y estudioso de esta cultura, le preguntamos: ¿Cómo afectó todo ello a la concepción y posterior creación del karate de Okinawa?

Como he esbozado en algún párrafo anterior, el *karate* de Okinawa es un fiel reflejo de su cultura, una cultura que se caracteriza por ser una amalgama de culturas con las que se ha tenido contacto a lo largo de los siglos, teniendo una especial influencia China y Japón. Esa amalgama de culturas, que los *okinawenses* denominan “*chanpuru*”, influyó en la creación y desarrollo del denominado *Te*, o *Ti*, basado en aspectos fundamentales del *kenpo* chino, el cual fue adecuándose a la cultura de los isleños de *Ryukyū*.

Se habla de la facilidad con la que el habitante de las *Ryukyū* fue capaz de tomar todo aquello que le interesaba de aquellas culturas con las que se relacionaba e iba adecuándolas a su forma de ser. En principio este arte marcial era utilizado de forma exclusiva por los *samuráis* de Okinawa, la clase social denominada *pechin*, muy cercanos a la realeza y relacionados con los altos cargos del emperador chino, pasando su aprendizaje de padres a hijos. De la misma manera, el arte del *Te*, o *Ti*, fue evolucionado en función de la cultura *okinawense*, la transformación de la mano abierta, **típica del arte marcial chino**, a la mano cerrada, reflejaba más el aspecto cultural de Okinawa, afectando en determinada medida al desarrollo de los *katas*.

El respeto a los mayores, a la familia o el concepto de comunidad, son algunos de los aspectos que más se reflejan en el *karate* de Okinawa, donde todo comienza y termina con el saludo, donde el respeto a los mayores, no solo en grado, sino en edad, es fundamental, donde el *dōjō* pasa a ser algo más que un centro deportivo, convirtiéndose en punto de reunión, donde la afinidad en torno al arte desemboca en un conocimiento de las personas más allá del simple compañerismo, llegándose a una consideración familiar.



Todos somos espectadores de la deriva de los nuevos tiempos. No solo las posibilidades de interactuar, viajar, informarse o consumir son casi inasumibles por ser tan abrumadoramente numerosas, éstas suponen además un hándicap para la dedicación, concentración, fidelidad y constancia que necesita el aprendizaje de un arte como el karate. ¿Considera usted que estamos en un cambio de ciclo, que el viejo formato del karate tradicional está transformándose para adaptarse a la realidad actual? ¿Si es así, hacia dónde cree usted que se dirige su práctica?

Decir viejo formato es triste, pero quizás sí estemos en un cambio de ciclo. No se puede obviar que el *karate* nació en un momento concreto con una finalidad concreta: la autodefensa en situaciones de riesgo y con una forma de enseñanza muy especial, sobre todo en Okinawa. Eso es incuestionable. Pero sí es cierto que la premisa "*karate ni sente nashi*" -no hay primer ataque en *karate*: no hacer daño, evitar que te hagan daño- es imprescindible.

Hay que tener en cuenta que la cultura de cada sociedad afecta de forma directa a la forma de aprender y entender el arte que proviene de otra cultura, y eso hace necesario que se produzca un ajuste, que el arte vaya adaptándose al contexto. Lo importante es el fondo, la idea. La forma puede variar algo. Existen maneras de actuar que

dejan de ser naturales y se convierten en forzadas, perdiendo desde ese momento su valor marcial. Esto hay que entenderlo. Es necesario encontrar el punto de equilibrio en el que ese valor intrínseco del *karate*, del *Budó* en general, se convierta en natural y correcto. Un respeto exagerado y forzado o una anormal marcialidad, se convierten en artificios, perdiendo todo valor:

En una sociedad como la actual y en una cultura como la nuestra es muy difícil mantener los valores de los primeros tiempos del *karate*, pero no por ello se deben perder sus principios básicos y su filosofía desde el punto de vista de las relaciones humanas, de la misma manera que, a pesar del paso del tiempo, se intenta que los *katas* mantengan su fidelidad a los orígenes, sin dejar de ser conscientes de que cada maestro, cada persona, es diferente en entendimiento, capacidad de aprendizaje, constitución física. La sociedad demanda, y conforme a esa demanda existirán derivaciones en la forma de transmitir y enseñar las artes marciales -lo cual generará conflicto- y habrá que luchar por mantener la pureza del arte o sucumbir ante ella.

Muchas gracias